

viaje de omar



adrián savino

VIAJE DE OMAR

ADRIAN SAVINO



EDITORIAL
nudista

adrián savino

viaje de omar

savino, adrián pablo
viaje de omar / adrián savino. - 1a ed. - río tercero: nudista, 2017.
libro digital, EPUB

archivo digital: descarga y online / isbn 978-987-1959-61-7

1. narrativa argentina. 2. novelas biográficas. I. título.
CDD A863

ficha técnica

logo - martina carcavallo / mambostudio
fotografía de tapa - juan cruz sánchez
diseño y dirección editorial - martín maigua

contactos

contacto@editorialnudista.com.ar
www.editorialnudista.com.ar



queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o
procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor

A Laura, Santiago y Facundo

*Un hijo nunca llega a convertirse
en padre en su sentido más amplio.*

*Claro que puede intentarlo, pero
no pasará de ser un mero aficionado.
Un hijo que se lo propone honradamente
puede producir lo que técnicamente
llamarían “niños”. Pero sigue siendo
un hijo. En su sentido más amplio.*

DONALD BARTHELME, *El Padre Muerto*

El papá está muy mal, dijo mami. Tuvo que repetirlo porque su llanto no me dejaba entender. O quizás porque antes, en la pantalla del celular, el nombre que yo había leído era el de él, y el simple hecho de oírla a ella ya había empezado a desconcertarme. Había atendido la llamada casi risueño, dispuesto a dar inicio a nuestra costumbre de cada lunes por la mañana, seguro de que conversaríamos brevemente sobre las actividades del fin de semana, los resultados del fútbol, su estado de salud tras el alta de su internación.

No me es difícil imaginar esa conversación que no fue. Yo le habría preguntado cómo estaba y él, entusiasmado por mi interés, habría comenzado a explayarse sobre todos y cada uno de esos temas. Hasta que, más temprano o más tarde, le habría interpuesto alguna fría cuestión laboral y entonces él, medio descolocado y con un casi imperceptible dejo de tristeza, habría dado respuesta a mi nueva pregunta, y comienzo al final de nuestro contacto.

La que llamaba, en cambio, era mami. Y su frase (inexacta, porque en rigor de verdad él *ya no estaba*) le imponía un corte abrupto a mis cansinos trámites mañaneros, para lanzarme a través del tráfico y de un lío de pensamientos: el deseo de que saliera todo bien, la idea de un mundo sin su presencia, el miedo a chocar y agregar un nuevo problema al día, las ganas de llegar cuanto antes a su departamento, las ganas de no llegar nunca.

Las casas de los recién muertos suelen permanecer abiertas, siempre me llamó la atención ese detalle. Por eso no fueron tan necesarias las palabras de mi hermana Sol antes de abrazarme: con el reflejo de la luz diurna al salir del ascensor ya casi estaba todo dicho.

Acababan de irse los paramédicos y estaban al caer los fúnebres. Todo me resultaba más o menos extraño, tanto el dormitorio, donde él yacía y mami lo acompañaba, como el resto del departamento, donde las entradas permanentes de parientes y amigos, con sus picos aislados de dramatismo y las frases costumbristas de ocasión, me evocaban una oscura comedia de situaciones con claque no de reidores, sino de lloradores.

Vos todavía no entendés lo que está pasando, me dijo una tía al saludarme. Asentí con cara de circunstancia y nos abrazamos.

Antes de esta situación, mis pensamientos sobre el eventual velorio de un familiar cercano fueron siempre bastante fastidiosos. Me había tocado ser actor secundario, no protagonista, de ese tipo de escenas, y lo que veía venir en este caso era un desfile de caras largas que pasarían una tras otra a saludar, cada cual con sus respectivos consuelos sacados de una bolsa de lugares comunes. Hoy pienso que esos temores provenían sobre todo de mi particular actitud en aquellos velorios vistos “de afuera”: correcto y respetuoso, tal como se estila, pero también demasiado atento a los detalles morbosos, y contento en el fondo de que eso que presenciaba les estuviera pasando a otros, y no a mí.

Pero esta vez, cuando por fin me tocó, el velorio inaguantable que me temía no tuvo lugar. La experiencia, si bien en general triste, fue además armoniosa y plena. Con casi todos los presentes fue agradable estar, conversar, compartir el momento. Uno de los principales temas de charla fue, en efecto, la aversión hacia ese tipo de rituales. Alguien se refirió a la obligación legal de velar a los muertos, y de pronto recordé un sketch de Chespirito en el que Ramón Valdés sufría de catalepsia.

Mientras tanto, a metros o centímetros de distancia, Omar también trasnochaba. Más presente que ausente, y casi tentado de la risa.

En cuestión de pocos días, las imágenes mentales sobre el motivo de su muerte se agigantaron hasta cobrar vida propia. Por cierto que una vida algo tosca, casi berreta, como en aquellas viejas películas de aventuras por dentro de un cuerpo humano.

El interior de un vaso sanguíneo, la sangre que corre. Pegado a la concavidad, un corpúsculo gelatinoso: el Coágulo. Por la sangre circula el Antibiótico, seguido de muy cerca por el Anticoagulante. La misión de éste es ir disolviendo poco a poco el Coágulo, desgranarlo en fragmentos mínimos que se unan de manera gradual y progresiva al flujo sanguíneo, para finalmente ser asimilados o expulsados.

Sin embargo ocurre algo imprevisto: el Coágulo se desprende entero desde la base y es arrastrado por la correntada. Va dando tumbos frenéticos contra las paredes como un kayak sin conductor (o sin remo, que sería lo mismo), microscópico y demasiado grande al mismo tiempo.

Recordé una historieta de la revista Humor que en su momento le había gustado mucho, llamada “Vida Interior”. Sus personajes eran, por lo general, criaturas feas y viscosas que jugaban pasos de comedia en lo profundo de un cuerpo humano. Imaginé un nuevo capítulo: la bacteria nacida y criada en la región intestinal, lista para emprender un viaje hacia nuevos y desconocidos puertos. Feliz de abandonar su morada en un estrecho y poco confortable divertículo, Estreptococo —así se llama nuestro protagonista— inicia una divertida excursión a través de los conductos sanguíneos. En el camino conoce raros paisajes —los Macizos del Yeyuno-Illéon, el Delta Laríngeo— y personajes —el Subcomandante Alergia, el Espermatozoide Exiliado—. Su aparente vagabundeo sin fin queda, sin embargo, abruptamente interrumpido al llegar a la Válvula Mitral, en el Corazón profundo. Allí contempla a su alrededor y queda deslumbrado: es un paraje cálido, más que bien irrigado, óptimo para establecerse y progresar. Éste es el fin del camino, piensa, mi lugar en el mundo... Mientras instala su campamento, los “locales” lo miran con desconfianza. Estreptococo ni los registra: puedo verlo desperezándose en un cuadrado, apoltronado como un rey, o mejor aún, como un linyera realizado.

En el cuadrado siguiente lo reconozco a Omar. El dibujo, de trazos sencillos pero elocuentes, lo muestra demacrado y algo despeinado. Acaba de recostarse en la hamaca paraguaya de mi patio, preso de un estado de somnolencia invencible. Lo llamamos para comer y se levanta a desgano. Le servimos pollo al disco, luego torta helada. Él come apenas por compromiso, dos o tres bocados y nada más. Mientras tanto, Estreptococo se da por descansado y pone manos a la obra: va a construir su casa. Con áridos que extrae del propio Corazón, levanta cimientos y paredes en cuestión de minutos. Se dispone a comenzar la losa al mismo tiempo que Omar viaja, en el asiento de acompañante de su Eco Sport blanca, desde mi casa hasta la guardia del Privado.

Omar murió una mañana de fines de agosto, solo en su departamento. Le dio un infarto mientras hablaba por teléfono con Pepe, el representante de Il Divino Bagno. De pronto se hizo un bache en la conversación, y Pepe comenzó a repetir su nombre sin recibir respuesta. Cortó y llamó al negocio, donde mami esperaba su llegada a media mañana.

Mami salió disparando al departamento, donde lo encontró sin vida. Intentó reanimarlo pero fue inútil. Minutos más tarde, los paramédicos le informarían que el cuadro ya era irreversible antes que ella llegara.

Pocos días atrás había estado internado por una infección cardíaca. La última vez que nos vimos fue precisamente en el Privado, donde compartía habitación con un chico flaquísimo y envejecido, que según Omar me contó en voz baja llevaba cuatro años afrontando un cáncer óseo. Hablamos de fútbol y de política (justo arrancaba el Fútbol para Todos), y al tocar el tema de su situación me dijo que todo iba bien, salvo que la sección Internado le parecía un verdadero submundo.

Un par de días más tarde le dieron el alta. La bacteria que lo atacó había sido repelida, y le recomendaron reposo para los días siguientes. Sin embargo él decidió salir a atender asuntos de trabajo un viernes de “veranito invernal”, treinta y siete grados a la hora exacta en que Omar practicaba, por última vez en su vida, la “gimnasia bancaria”.

Las noches de los días posteriores a su muerte, intenté distraerme con películas. Me enganché especialmente con dos: *Qué pasó ayer* y *Los paranoicos*.

En la primera un tipo se casaba, y con dos amigos y el futuro cuñado se mandaban la despedida de soltero en Las Vegas. En una escena el mismísimo Mike Tyson, tras desentonar algunos versos de “In the air tonight” de Phil Collins, lo tumbaba de una trompada al cuñado. Me reí mucho y al otro día, charlando con un amigo sobre mi viejo, la imagen me llegó nítida y salió de mi boca sin filtro: *Esto fue como una piña de Tyson*.

En la otra peli había un punkito (inseguro, nervioso, desorientado) que una noche llegaba a su departamento, despejaba el living y se ponía a bailar solo. Sus movimientos eran rígidos y espasmódicos a la vez, como los de un robot enloquecido, y la canción no era otra que “El féretro” de Todos Tus Muertos, un gran favorito de mi adolescencia: *Toda la recámara olía a muerte/ pero el aire particular/ del féretro/ me hacía daño/ no me podía mover/ contemplaba fijamente el/ cadáver rígido/ extendido...*

Pensé en mi viejo primero que nada. Luego en mis amigos de entonces, con quienes nos reíamos de que esa voz distorsionada parecía cantar parado el pinchilón en vez de cadáver rígido. Y finalmente en que esa misma voz, más luminosa, repetía por esos días en la radio estribillos como “international love” o “sos mi luz y mi compañía”.

Durante un trámite de tantos, llegó a mis manos una especie de cuestionario respondido por el último médico que lo atendió. Las preguntas se referían a enfermedades anteriores, detalles de la última afección, tratamientos recibidos. Algunas respuestas eran: Asma, rinitis, bronquitis; Presencia de divertículos en colon; Endocarditis infecciosa de válvula mitral; Tratamiento con antibióticos endovenosos; Paro cardiorrespiratorio por embolia coronaria. El documento no llamaba demasiado mi atención, hasta que llegué al último ítem: Tiempo transcurrido entre detección de la enfermedad y fallecimiento. La respuesta era dos semanas, y tuve que releerla varias veces para poder terminar de darle crédito. Efectivamente todo se había desencadenado en catorce días: diez de internación, cuatro de reposo en casa.

En su visita comercial de septiembre, Pepe me habló de aquella última conversación por teléfono. Dijo que en los instantes previos al infarto, Omar hacía chistes sobre el descenso de Talleres al Torneo Argentino A. Pensé en que si hubiera hablado con él esa mañana, seguramente habríamos bromeado sobre lo mismo. También recordé una tarde de enero del '78, cuando lo vi partir solo hacia la gran final que estaban por jugar Talleres e Independiente. No me había animado a preguntarle por qué no me llevaba; creo haberme consolado pensando que sólo íbamos juntos para ver a Belgrano. Intenté atar cabos: para esa fecha Omar había salido de la cárcel hacía pocos meses, y estaba a unos días de cumplir treinta y un años. De ahí en adelante pierdo la cuenta de las veces que lo oí aclarar —tanto si se lo pidieran como si no— que aquella noche no había ido a alentar a Talleres, sino a gritar bien fuerte: *¡Cordobá, Cordobá!*

El fútbol fue nuestra manía compartida. Tema de conversación siempre a mano, y excusa para sentirnos parte de una familia mayor, mucho más amplia que la sanguínea. La tribuna fue, en los mejores momentos, el lugar de los abrazos y las risas. Y en los peores, bueno, tampoco dejaba de ser divertido. Lo he visto destrozar una radio contra el cemento —una que andaba con ganas de cambiar, valga la aclaración—, o ponerse a discutir con otros personajes que lo cansaban con sus puteadas a un jugador o al técnico, por un raro impulso muy suyo de combatir ciertos consensos plateístas. Entonces algunos de más abajo se daban vuelta para verle la cara a la voz disidente, y de paso veían la del hijo, incapaz de juntar coraje y decirle al padre que mejor se calle.

Solía ver los partidos con los auriculares puestos, por lo que si decía algo, era en un tono que se oía unos cuantos metros a la redonda. De vez en cuando yo hacía algún comentario, y él tenía que liberar una oreja para que se lo repitiera.

Según el filósofo Sebrelí, que el futbolero vea el partido mientras escucha la radio es uno entre muchos síntomas de alienación. Para mi viejo, Sebrelí era un pelotudo. ¿Cómo va a decir eso?, me decía, ¿o acaso no sabe que se juegan otros partidos y uno tiene que saber cómo van? En su puta vida fue a una cancha, qué ganas de hablar al pedo...

En su oficina no se podía tocar nada, él reclamaba control absoluto de su aparente caos. Los cajones y estanterías rebosaban de papeles que se apretaban y mezclaban: cuentas atrasadas, turnos médicos vencidos, envoltorios de yerba vaciados y doblados. El escritorio atiborrado, la computadora con decenas de ventanas abiertas. Planillas Excel para mil propósitos: tablas, listados, fórmulas. Un solitario o un poker on-line, una columna de Aguinis en *La Nación*, un foro de chistes verdes. Al chat no le hacía; Facebook explotó ya sin él. Veía a Bill Gates como una especie de genio ideal: inteligencia más dinero. Uno de sus últimos mails fue una lista de consejos de Slim, el mega-multimillonario mexicano, para hacer más rentable una empresa.

Un día esa oficina se convirtió en la mía. Cambiaron muchas cosas y otras permanecieron, como por ejemplo una foto enmarcada en la pared. Es él, trajeado de beige y con el pelo todavía oscuro. Mano en un bolsillo del pantalón, tres cuartos de perfil, cabeza girada a cámara. A su alrededor gente que va y viene, y arriba suyo un cartel: CERSAIE. Salone Internazionale Della Ceramica Per Edilicia E Del Arredobagno. 2-7 Ottobre 1990. Por encima del cartel hay varias banderas: Italia, Francia, Estados Unidos, Canadá, Suiza, Dinamarca, Alemania, España, Holanda. En lo más alto, un enorme letrero rojo: Bologna Fiere.

Su computadora pasó a usarla mami, pero la red del negocio me permitía explorarla sin moverme de la mía. Así fue como copié y pegué todas sus músicas bajadas de Internet. Había carpetas enteras dedicadas a Beethoven, Serrat, Chito Zeballos, Gardel y Daniel Altamirano, y otras con nombres como “gallegadas”, “clásicos” y “gotán”. Y además de música propiamente dicha, poemas leídos por Guillén, cuentos de Landriscina, discursos de Salvador Allende.

Me pasé las semanas siguientes escuchando todos esos mp3 en el estéreo de mi auto. Mientras lo hacía me parecía estar descubriendo una especie de misterioso tesoro: trozos de ajenidad que se me revelaban, neblinas de un ayer desconocido. Recordé un viejo trabajo práctico de cuando cursé radio en la universidad. Se llamaba “Memoria Emotiva”, y consistía en agrupar fragmentos musicales que de alguna manera estuvieran asociados a distintas etapas de la propia vida: algo así como una banda de sonido de la educación sentimental. Se me ocurrió que algo por ese estilo había encarado mi viejo en sus últimos años de vida, que justo habían venido a coincidir con el furor de las descargas.

A través de piezas como el Bolero de Ravel, “Las cosas del querer” o el tema de *Zorba El Griego*, comencé también a evocar otra memoria emotiva, la del cine. En una sala de Alberdi, popularmente conocida como “La Piojera” y hoy convertida en una ruina, Omar me había contado que vio *Los compañeros*, *El puente sobre el Río Kwai*, *Queimada*. Las pelis con que siempre flasheaba en el recuerdo, princesas de un certamen íntimo donde la saga del Padrino era reina indiscutida. Y más adelante en el tiempo, subiendo por Colón hasta la entrada del barrio Don Bosco, solíamos llegar juntos al Autocine. Allí vimos las versiones filmicas de *El hombre nuclear* y *El increíble Hulk*, y acompañamos a Sol a ver *Ya nunca más*, donde a un Luis Miguel adolescente y deportista le amputaban una pierna. Siempre llegábamos con tiempo para que él, antes del comienzo de la película, pudiera ir caminando hasta el bar y traernos hamburguesas y latas de Coca en unas bolsas de papel blanco. El bar era un sitio mágico, con filas de luces que lo distinguían detrás de los últimos autos. Las mismas luces que bordeaban los caminos de entrada y salida del predio, parecidas a las de las pistas en los aeropuertos.

Con los años, el cine fue pasando a ser más bien un factor de discordia. Comencé a notarlo a mis quince o dieciséis años, una noche en que decidí no devolver al videoclub la película *Después de hora* para poder compartirla con él. Desconcertado y malhumorado, me preguntó qué me había gustado tanto de eso que acabábamos de ver. En pleno intento de articular una respuesta coherente, me entró a carcomer la duda de si realmente la película era tan buena como había creído. Él me reprochó el tiempo que le había hecho perder y se fue, dejándome solo y confundido delante de los créditos finales. Varios años más tarde, revisando la película, pensaba en que mi gesto de querer mostrársela tal vez no había sido tan infructuoso. De hecho no pareció que esa hora y media lo hubiera aburrido, sino bien al contrario. Quizás aguardó expectante por un gesto que le permitiera a ese pobre diablo protagonista —y a sí mismo— salirse de aquel mal sueño. Y finalmente, cuando una lógica a todas luces insensata volvía a depositarlo en su gris rutina cotidiana, cayeron los títulos y Omar se rayó. Se rayó mal y le echó la culpa al mensajero, o sea a mí. ¿Pero acaso él no se había dejado caer gustoso —igual que el protagonista— por el embudo de una historia que lo succionaba irremediabilmente, despojándolo de toda chance de controlar las situaciones que se irían presentando? ¿No fue acaso cierta desilusión, más que un mero disgusto estético, lo que causó su embole final?

Sea como fuere, Omar nunca soportó lo que solía llamar “el surrealismo en el cine”. Dos personas cenan y conversan en un restaurant de lujo, y de pronto un gallo cruza caminando de un extremo al otro del plano: el tipo de decisiones estéticas que lo exasperaban.

Mi viejo nació y vivió hasta los dieciocho años en un pueblo del sudeste llamado Cintra. Cintra como el Sintra portugués, porque según cuentan, un ingeniero del viejo ferrocarril había venido de allá y quisieron homenajearlo con el nombre de la estación. Las alteraciones persisten en su calle natal: los carteles en las esquinas *tanizan* al secretario de la Primera Junta: J.J. Passo.

No es mucho lo que llegué a saber de su familia, nunca contó demasiado ni tampoco pregunté. Apenas retengo la historia de dos hermanos y una hermana, descendientes de piemonteses, casados respectivamente con dos hermanas y un hermano, descendientes de croatas. De todos los hermanos y primos surgidos de ese triple enlace, Omar vino a ser el mayor.

Tras concluir el secundario en el pueblo, emigró a la ciudad. En Córdoba trabajó, estudió, militó y cayó preso. Vivió en el barrio Alberdi, cerca del Hospital Clínicas, la cancha de Belgrano, la casa del Chango Rodríguez. En Ciencias Económicas conoció a mami, y se recibió cuando yo era un bebé. Fue fotógrafo de sociales, empleado público, contador y comerciante. Se estableció primero vendiendo piedras y mármoles, y luego, definitivamente, con los artículos para baños.

Su nombre llegó a hacerse vagamente conocido en la ciudad. Pienso en esa difusa, modesta fama, y no puedo dejar de atribuírsela, antes que a nadie, a un títere televisivo llamado José Chivato. Pelado y con cejudos ojos marrones, Chivato aparecía de elegante smoking en las tandas del programa ómnibus *Telemánias*. Allí se dedicaba a monologar toda una tira de menciones a los distintos anunciantes. Omar, por ejemplo, era presentado como “el hombre de la Ruta 9, que le ofrece a usted señora, a usted señor, y siempre con el mejor asesoramiento, baños exclusivos a su alcance”, para proseguir luego con otros nombres famosos: Jugos Monasterio, Aldo Scaramuzza Coiffeur, Vittorio Gissara...

Busqué a Chivato en Internet y lo encontré precisamente en el sitio de *Telemánias*, que aún hoy sobrevive (con menos horas) en las tardes de la tele local. El muñeco, bastante entumecido, aparecía en dos fotos algo desvaídas. En una figuraba él solo, y en la otra lo acompañaba una seria y descolocada Marilina Ross. Un epígrafe lo describía como “José Chivato, legendario personaje que conmoviera el mercado publicitario con sus chivos por televisión”.

Omar ingresó a la construcción en el '78, después de la cárcel. Él y mami se asociaron con Nelly y Andrés, una pareja amiga con marmolería en el coqueto barrio Cerro de las Rosas. A ellos les alquilaron una vistosa casa en plena avenida Núñez, con patio enorme para mis ojos de niño. Al fondo, un portón corredizo daba a otro patio, el de la casa de los socios. Y al lado de ambas casas, cruzando toda la cuadra, estaba el depósito: un desfiladero con distintos tipos de piedras apiladas a los dos costados. En el medio había un pequeño galpón, donde funcionaba la máquina cortadora. Un mesón para apoyar la pieza, un disco metálico giratorio, y un chorro constante de agua que acompañaba el ruidoso trabajo de corte.

A unas cuadras, sobre avenida La Cordillera, estaba lo que los grandes llamaban “la fábrica”. Allí funcionaba una cortadora más grande y sofisticada traída de Italia, la Tagliablocchi, a la que mis padres llamaban la Taiabloc. Uno de esos nombres raros que quedaron resonando de mi infancia, frecuentemente oído en sobremesas y viajes en auto, al mismo tiempo que de la tele y la radio salían otros, no menos insólitos: Harguindeguy, Percivale, Fittipaldi.

Escarbando en la memoria de aquellos años en el Cerro, me detuve especialmente en un viaje. Omar y yo, los dos solos en un auto, rumbo al Norte. A visitar canteras y, de paso, conocer un poco. Mi presencia, según comentarios risueños que él haría a la vuelta, enternecía a las esposas de los canteristas y facilitaba los negocios.

Tucumán, Salta, Jujuy, Catamarca, La Rioja. Hoteles sobrios y cómodos, a veces con pileta. Edificios sólidos y acogedores, con mucho barniz opacado por los años. Aquél fue el único viaje que hicimos solos, y al volver le dediqué una larga composición en una de las primeras clases de cuarto grado: una “novelita” con generosos capítulos numerados, uno por cada provincia que visitamos.

Estuve varios días buscando el momento oportuno para preguntarle a mami por aquel viaje. Nunca habíamos hablado mucho de aquellos tiempos y ahora, en pleno duelo, me era más difícil todavía abordarla. Finalmente un sábado al mediodía, tras cerrar el negocio y despedir hasta el lunes al último empleado, le consulté al respecto. Su primera reacción fue fugaz pero inconfundible: el ceño fruncido, la mirada intrigada. Al instante, sin embargo, se recompuso y comenzó a responderme con calma y resolución, como si mi pregunta hubiera sido de lo más normal y rutinaria. Me explicó que en aquel entonces la marmolería había concretado un negocio muy importante: la venta de materiales para la obra de las “sombras en mármol” del centro histórico. Me contó que habían logrado cerrar el acuerdo, con la condición de que los listones de mármol blanco estuvieran disponibles en tiempo récord. Los milicos del gobierno, me dijo, pagaban lo que fuera con tal de poder inaugurar pronto. Como las canteras cordobesas no daban abasto, el papá tuvo que salir volando para el Norte a conseguir la piedra que faltaba. Y ya que estaba, te llevó a vos.

Luego de despedirnos, mientras manejaba de vuelta a casa, nuevos recuerdos (o visiones) de aquellos días se me colaban por la rendija que ella había abierto:

Un sábado o domingo, yendo con mami en auto a la fábrica de Cordillera. Al entrar y acercarnos a la gran máquina vemos a un obrero polvoriento, en ropa de fajina, trabajando en cortes. Se da vuelta, es Omar. Me saluda con una mano enguantada y retoma el trabajo. Le estamos llevando la vianda porque va a pasarse todo el fin de semana allí. Hay que cortar contrarreloj, se precisan listones blancos y no alcanzan los días hábiles para dar abasto. Pagarles horas extras a los obreros no conviene: reduciría el margen de ganancia.

Una mañana húmeda de invierno, acompañándolo por calle Obispo Trejo, la cuadra del Monserrat y el Rectorado. A nuestro alrededor hay montículos de arena, de tierra, pilas de adoquines y mármoles, personas con casco yendo y viniendo. Las figuras del piso, aún a medio hacer, me asombran y entusiasman: ya se adivina su parecido con las fachadas de los viejos edificios de la cuadra. Él advierte mi interés y aprovecha para contarme que todas esas piezas blancas, las que forman las figuras, las trajimos nosotros. Me siento inflado de orgullo, ansioso de poder contárselo ya mismo a mis compañeros de la escuela. Después él conversa un rato interminable con un señor de traje y otro de mameluco, y luego de despedirlos me lleva a recorrer los demás puntos de la obra: la iglesia Santa Catalina, la Catedral, el Cabildo.

Llegué a casa y me puse a buscar en Internet información sobre aquella obra. La encontré en el

sitio web del arquitecto Miguel Ángel Roca; allí supe que las sombras en mármol también recibían el nombre de “fachadas espejadas”. Mientras veía fotos panorámicas en la pantalla, recordé de pronto que había sido por esa obra que él debió cortar con el cigarrillo. Por no dejar de ir allí a primera hora y en pleno invierno, se curó mal de un resfrío: se le cerró el pecho y contrajo un catarro crónico. Desde entonces y para siempre, cada vez que lo oyera carraspear para aclararse la garganta, tendría la certeza de que se venía un breve y sonoro acceso de tos. En la puerta de la heladera comenzarían a juntarse los ventolines, muestras gratis de parientes y amigos visitantes médicos.

Llegar a él no era nada difícil, nomás había que estar dispuesto. Bastaba con acercarse, plantearle un encuentro, por pequeño que fuera, y el tipo *estaba*. Respondía de inmediato, con calidez y empatía. Lo hacía como si se hubiera pasado largo tiempo aguardando alguna señal, como una especie de náufrago. Nunca un malhumor, jamás el fastidio de tener que interrumpir algo más importante. Por el contrario, el gesto franco y abierto a lo que viniera; fuera una impresión sobre el tiempo, una opinión futbolera (sus favoritas), o una reflexión sobre algún hecho político.

Sin embargo fueron muy raras las ocasiones en que hablamos de su militancia y su caída en cana; incluso me enteré demasiado tarde de todo aquello. Fue a mis veintitrés años, en el marco de una pequeña crisis familiar ocasionada por la militancia de Sol en la agrupación de izquierda Patria Libre. Recuerdo la desesperación de mis padres por ver a su hija adolescente mezclada con “esos ultras”, y a mami preguntándome alarmada si yo también estaba “metido ahí”.

En esas circunstancias poco propicias para el entendimiento, nos contaron por primera vez aquella historia de la militancia y la cárcel. El tema lo habían tocado con el único propósito de lograr disuadir a mi hermana, y en los años subsiguientes volvió a emerger sólo unas pocas veces y de modo muy fugaz. Ninguno de los cuatro se interesó en abordarlo a fondo ni mucho menos; de hecho tampoco lo hablé nunca con Omar, los dos a solas. La ocasión más propicia eran las tardes o noches de fútbol, pero claro, éste lo acaparaba casi todo. Para eso estaba, supongo.

Me habían quedado picando en la memoria, de todos modos, unas pocas imágenes sueltas oídas de su boca: un milico muy hijo de puta, el más, de voz finita y algo amanerado; la amarga tristeza de las tardecitas de domingo, cuando las visitas se iban; una mención pasajera del tristemente célebre submarino seco; la camaradería con un preso común, la semblanza de sus “códigos”.

En cierta ocasión me dijo, con toda franqueza, que él no estaba tan en desacuerdo con la teoría de los dos demonios. Por mi parte añadiría que uno de esos dos diablos parecía obsesionarlo muchísimo más que el otro.

“Los Ultras” eran, sin duda alguna, sus bestias negras: los culpables, según él, de *todo lo que pasó acá*. No siempre se la agarraba con todos, en ocasiones se trataba sólo de los jefes, que como flautistas de Hamelín habían arrastrado a inocentes multitudes de chicas y muchachos a una muerte segura. En más de una discusión él había llegado al punto de decirme: te escucho hablar, y me hacés acordar a los ultras. Esas veces, claro está, sí se refería a todos ellos juntos. Los ponía en la misma bolsa y de paso, en caliente, me agregaba a mí.

Era evidente que el tema lo destemplaba, le obnubilaba la inteligencia. Que literalmente hablando, en esos momentos Omar *no tenía razón*. La perdía enseguida, le duraba muy poco. Entonces se volvía imposible cavar más hondo, explorar raíces, causas profundas. No había diálogo posible, todo quedaba en la condena implacable a uno de los bandos de una supuesta guerra.

Recordé una situación vivida a mis catorce o quince años, cuando aún no sabía nada de aquel pasado suyo. Yo andaba muy copado con el disco *Del '63* de Fito Páez, y lo puse a un volumen lo suficientemente alto como para que él también lo escuchara. Entonces cuando Fito cantó aquello de que: *ya corría el setenta y seis/ no se puede andar solo en la calle/ sin un revólver*, mi viejo reaccionó a los gritos: ¡Pero qué sabrás vos, pendejo pelotudo! ¡Qué sabrás vos del setenta y seis! Y se quedó moviendo la cabeza, mientras repetía agriamente: qué pelotudo... qué pelotudo...

Una reacción que ahora, al recordarla veinticinco años después, me seguía resultando casi tan misteriosa como en aquel momento.

Había un hueco ahí, sin duda. Y había otros, seguramente muchos más, pero me dieron ganas de asomarme a ése. No porque me pareciera especialmente importante, sino por el simple hecho de tenerlo a mano.

Para empezar me dispuse a agrupar lo poco que tenía en claro. Pensé en que aquellos tres años del Cerro habían sido, quizás, mi primera experiencia vital más o menos estable. El '78 destacaba en mi memoria como un año de hitos: aquella casa parecida a un castillo, el primer Mundial conscientemente vivenciado (y encima ganado), el nacimiento de Sol, la primera bici... Todo parecía indicar el comienzo de algo. Quiero decir algo con apariencia de real, de tangible: nada que ver con los años previos, que se me presentaban particularmente borrosos sin que pudiera desentrañar un porqué. ¿Demasiado corta edad, demasiadas mudanzas?... De antes del '78 no había en mi memoria algo parecido a una historia que avanzaba (una serie concatenada de esas construcciones más o menos ficticias a las que llamamos anécdotas o recuerdos), sino apenas flashes, visiones inconclusas sin demasiado sentido:

Un atardecer en las calles del barrio Empalme, volviendo del pre-jardín de la mano de mami. El sol nos daba de frente y ella conversaba con otra mujer, quizás la madre de un compañero.

Una tarde en cancha de Lavalle, en barrio Acosta. Omar conversaba medio a los gritos con otros tipos mientras seguían el partido, y yo jugaba en la tribuna. Subía y bajaba una y otra vez esa curiosa escalera de peldaños gigantes, sin prestar la menor atención a lo que ocurría abajo.

Un patiecito de un departamento de planta baja, en barrio Nueva Córdoba, lleno de caracoles a los que pisaba uno tras otro hasta no dejar ninguno. Vivía allí solo con mami, porque Omar estaba de viaje. (Eso me habían dicho, y no tenía edad ni motivos para ponerlo en duda.) A veces mami salía temprano y no volvía hasta la noche, quedándose mi abuela a cuidarme.

Me acerqué a la sede del Partido Socialista, en Alto Alberdi, buscando a algún ex compañero suyo de militancia. Allí me presentaron a Hugo, un hombre de unos sesenta años que efectivamente lo había conocido. Conversamos un poco en medio del fragor proselitista por las inminentes elecciones presidenciales: personas, afiches, folletos, bicicletas con carteles luminosos.

Hugo se acordaba muy bien de Omar, especialmente de la militancia estudiantil en el Movimiento Nacional Reformista. Me contó que en aquellos tiempos él había sido un cuadro de inferior rango que mi viejo, y que como tal llegó a estar bajo su órbita.

Yo estaba allí precisamente para hablar de aquel pasado, pero Hugo, que seguía siendo un militante, no podía dejar de conectar los recuerdos con el agitado presente preelectoral. La candidatura de Hermes Binner, y el gran optimismo que su figura despertaba, pasaron a ocupar el centro de la conversación (o mejor dicho del monólogo) y no lo abandonaron más.

Al despedirnos, cuando ya combinábamos para encontrarnos algún otro día, Hugo se tiró un lance: dijo que estaban haciendo falta fiscales para el día de la elección, y me preguntó si podría dar una mano.

Tras la experiencia como fiscal volví a encontrarme con él un par de veces más, primero en la sede del Partido, luego en su casa de barrio Yapeyú. En ambas ocasiones mi pobre oficio de entrevistador chocó con su firme propósito de sumarme al Frente Amplio Progresista. Intenté explicarle que sólo andaba queriendo saber más sobre mi viejo, y que además mis otras ocupaciones me quitaban tiempo para una actividad tan intensa como la militancia (omití agregar mis diferencias ideológicas con su agrupación). Sin embargo Hugo insistía, siempre amablemente, y a medida que lo escuchaba iba progresivamente desistiendo de recurrir a él. Comenzaba a sospechar que Hugo, vaya a saber si de manera consciente o inconsciente, prefería no hablar de ciertas cosas.

En un momento de esa última conversación, sin embargo, él aprovechó para deslizar algo tan elusivo como sustancioso: que le parecía bárbaro que yo hiciera esta investigación sobre mi viejo, aunque por ahí me enterara de cosas que no me gustaría saber.

Según mis vacilantes suposiciones, Omar había caído en abril o mayo del '77 y lo habían soltado entre agosto y septiembre, semanas antes de mi sexto cumpleaños. Habría pasado en primer lugar por algún centro de detención (el D2, Campo de la Ribera, La Perla), para después ser derivado primero unas semanas a la Penitenciaría de barrio San Martín, y el resto del tiempo a la Cárcel de Encausados, en Güemes. Me figuraba que él debía haber sido acusado de asociación ilícita e infracción a la Ley de Seguridad Nacional, y que su causa habría estado en manos: o bien del Área Militar 311, encargada del tratamiento penitenciario de los “delincuentes subversivos”; o si no del Poder Ejecutivo, como preso “federal”.

Fui a hacer los trámites en el Archivo Provincial de la Memoria, para acceder a documentación y así poder aclarar esos datos difusos. Me atendieron amablemente y prometieron respuesta, como mínimo, a los tres meses. Además me regalaron folletos, y dos libros: uno con información sobre los distintos centros de detención que hubo en la provincia, y otro llamado *Detenidos Especiales/Presos Políticos*.

Preguntarle a mami hubiera sido una manera simple y directa de zanjar dudas, pero no me animaba a hacerlo. Hasta que un sábado al mediodía, como al descuido, aproveché para contarle de mis gestiones en el Archivo.

Pero ahí no te van a encontrar nada, me dijo. ¿Cómo que no, por qué?, le pregunté. Porque el papá no fue preso político, Adrián. Él cae por una estafa.

Me lo dijo tranquila, no como si le pesara sino al contrario, con cierto alivio. Y continuó agregando dos detalles: uno, que Omar ya había dejado la militancia tiempo atrás, cuando la mano empezaba a ponerse demasiado pesada; y el otro, que de todos modos el socialismo no había tenido mayores problemas en aquellos años, salvo casos muy raros y aislados.

Le pregunté, como para terminar de cerciorarme, si entonces él no había estado en los pabellones de presos políticos. No, para nada, me dijo, y te digo más: estaba en el mejor pabellón de toda la cárcel. Los empresarios que habían caído con él eran gente de plata, así que no sólo le sobraba comida, sino que hasta se la pasaba timbeando. Las celdas estaban abiertas, iban y venían por todo el pabellón. ¿O sea que en Encausados no ligó biabas? No, él por lo menos no me contó nada. Sí veía algo de lo que les hacían a los presos políticos, pero a él hasta que salió no le pasó nada de eso. ¿Y cómo es que pudo salir? Porque no encontraron pruebas en su contra, es más, te diría que nunca las hubo. ¿Pero entonces él estafó o no estafó? Sí, sí, él fue parte... Lo que digo es que nunca se lo pudieron probar. ¿Y la militancia no tuvo nada, pero nada que ver? Absolutamente nada, al contrario: la defensa la usó para alegar persecución ideológica, y así ayudarlo a zafar.

Mami siguió explicándome: Omar trabajaba de contador en la Dirección Nacional de Recaudación Previsional (DNRP), que hoy se llama ANSES. Cansado de la mala paga y las montañas de papeles en su escritorio, dejó ese trabajo en el '76. Entró al estudio jurídico-contable de Raúl, un amigo muy simpático que solía venir seguido a casa. Ese estudio atendía a algunos morosos de la DNRP, a los que se les propuso una tramoya: aprovechar algunos sellos de la Dirección (conseguidos por mi viejo) para conformar cancelaciones truchas de esas deudas previsionales; todo a cambio de los correspondientes "honorarios". Ella, que trabajaba de secretaria en ese mismo estudio, me dijo que no estaba al tanto de la maniobra. Y que tampoco entendió nunca por qué algo que no era más que una estafa al Estado de relativamente poca monta, llegó a alcanzar tanta dimensión.

¿Pero al final lo secuestraron o no?, le pregunté, ya que algo no me cerraba. Sí, me dijo ella, lo secuestraron y de hecho yo estuve como dos semanas preguntando por él en todas partes. ¿Pero entonces por qué lo chupan si me decís que la causa no era política? Ni idea, es algo que nunca nos pudimos explicar. Lo único que sé es que cuando ya lo estaban por "blanquear", me llaman para que me presente en el Cabildo. Me hacen entrar por el Pasaje Santa Catalina (que en aquella época estaba cerrado al público), y me llevan hasta la puerta del D2. Desde ahí me dejaron verlo caminar por el patio. Estaba flaco y bastante golpeado, pero vivo. Al otro día lo trasladan a cárcel común, y un tiempo después ya sale la noticia de la estafa en los diarios.

Estuve a punto de preguntarle por qué no nos lo habían contado antes, pero no lo hice. Sus motivos, después de todo, no debieron ser muy distintos a los de Sol y míos para nunca antes haber indagado en el asunto.

Por el otro lado del Cabildo, sobre Deán Funes, se ingresa hoy a la Hemeroteca de la Legislatura. Allí fui y consulté ediciones de *La Voz del Interior* de abril del '77.

Las principales noticias políticas se referían al caso David Graiver (banquero fallecido en un accidente aéreo en México en el '75, a cuya familia, amigos y allegados de todo tipo, el Ejército secuestró y torturó con el pretexto de que él era financista de Montoneros), y también había numerosas informaciones sobre “enfrentamientos” y “guerrilleros abatidos”.

El jueves 20 de abril figuraba en tapa una amplia cobertura de la conferencia de prensa en la que el presidente Videla “legalizaba” la persecución al “grupo Graiver” y la expropiación de todos sus bienes, con el argumento de la firmeza del gobierno para luchar contra la corrupción y la “subversión económica”.

En la sección Espectáculos aparecía una publicidad a página completa, anunciando la inauguración del cine General Paz de Rivadavia al 50 (donde hoy funciona una sede de la Iglesia Universal). La película del debut era *Atrapado sin salida*, que también se proyectaba en el Gran Rex. En el Autocine daban *Conspiración en Londres*. El Cinerama ofrecía doble programa (*El peleador callejero* y *El incorregible*), mientras que “la Piojera” de Colón al 1500 seguía con sus tradicionales triples veladas (*Cuando hierve la sangre*, *María Estuardo Reina de Escocia* y *Regreso al hogar*).

Pasé a Deportes. Talleres-Racing se jugaría el sábado 22 en cancha de Instituto, y Belgrano-Universitario ese mismo día, en Talleres. Boca había vencido a Peñarol por Copa Libertadores la noche anterior, y River jugaba esa noche contra Defensor. Autoridades de la Liga Cordobesa de Fútbol, directivos de las entidades afiliadas, y representantes del periodismo escrito, oral y televisivo, visitarían por la tarde las obras del Polideportivo para el Mundial '78, en la zona del Chateau Carreras.

En la tapa del día siguiente encontré el título que estaba buscando:

*Por defraudación previsional procesan
a varios empleados y profesionales*

Leí el texto de corrido, sin interpretar demasiado, hasta dar por fin con su nombre. Se lo acusaba de “asociación ilícita, defraudación, falsificación y uso de sello falso”.

En el momento tuve una impresión equívoca, como si algo dentro de mí me impidiera reconocer que era una noticia de más de 34 años atrás. La releía una y otra vez y no había caso: era como si esos hechos hubieran sucedido ayer nomás, en lugar de haber estado gran parte de mi vida allí, ocultos en ese diario viejo, en esa hemeroteca, en ese edificio histórico.

Fui a mostrarle a mami una copia de la noticia. Pese a mis inquietudes ella la leyó con sumo interés, y con su ayuda pude ir sacando en limpio la trama del hecho:

Un capitán de la Marina llamado Jorge Antoniale, interventor de la DNRP Córdoba, descubrió anomalías en ciertos trámites de morosos. Las pistas apuntaban a una falsificación de documentos hecha desde el estudio de Raúl y mi viejo. Descubrieron en primer lugar a algunas empresas implicadas, mientras que los responsables de otras se presentaron espontáneamente y por separado con lo que no parecía sino una estrategia para despegarse: decir que habían ido al estudio para cancelar legítimamente sus deudas, pero que Raúl y Omar falsearon la documentación para quedarse con el dinero.

Según mami, el hecho no habría sido tan grave en circunstancias normales. Pero en aquellos momentos, con el gobierno poniendo milicos en todas partes con el fin de cazar izquierdistas, cualquier cosa rara podía ser tomada como amenaza.

Al otro día me puse en contacto con Raúl. Ya lo había llamado dos años atrás, semanas después de la muerte de mi viejo. En esa ocasión me había dicho que se sentía doblemente apenado, por el hecho mismo y por no haber estado en Córdoba cuando ocurrió. Esta vez lo noté emocionado de escucharme. Le adelanté algo sobre mi hallazgo, y combinamos para encontrarnos y poder mostrarle la noticia.

Mis temores de incomodarlo se disiparon por completo con su entusiasmo al leerla. Raúl me empezó a tirar datos sobre cada uno de los que figuraban allí, además de confirmar aquello de los empresarios que le soltaron la mano apenas cayó. Se quejó levemente de esa actitud, y yo le planteé que el contexto debió haber sido demasiado adverso como para actuar de otra manera. Raúl admitió que sí, que eso no se podía negar.

Luego me contó que cuando los detuvieron, los llevaron primero a la sede de Policía Federal, y luego al D2 y a la cárcel de San Martín. Los tuvieron casi un mes como presos “a disposición del Poder Ejecutivo”, con el capitán Antoniale asistiendo diariamente a interrogarlos bajo tortura, hasta que por fin se anularon las sospechas políticas, se abrió la causa penal y el hecho se transformó en noticia. Es entonces cuando los pasan a Encausados.

Raúl me informó que el juez de aquella causa, de apellido Ruda, estaba preso en el penal de Bouwer. Y deslizó una vieja sospecha suya: que en todo ese asunto, lo que desvelaba a los milicos quizás fuera la presencia de unos empresarios de apellido Mondino, Pedro e Ignacio, que aparecían también como imputados en la noticia. Mencionó también algo sobre un abogado con ese mismo apellido, pero no agregó más porque eso lo tenía, según me dijo, como un dato muy dudoso.

Le conté del asunto a May, una amiga militante de HIJOS. Ella reconoció inmediatamente el apellido Mondino: dijo haber oído hablar de una mujer desaparecida llamada así. La busqué en Internet y resultó no ser una sino dos, y además hermanas: María del Carmen (a) “Mini”, 23 años, psicóloga, y Adriana, 19 años, estudiante de Medicina. Ambas habían sido secuestradas en abril del ‘76 en barrio Escobar. Encontré además otras dos menciones. La primera era el testimonio dolido y afectuoso de una ex compañera de Adriana en el colegio Madres Escolapias del Cerro de las Rosas. La otra, una dedicatoria en memoria de ambas hermanas, al principio de una ponencia académica sobre “la ética del PRT/ERP”.

Busqué “Jorge Antoniale”, y di con varios artículos históricos sobre marina y aeronáutica publicados con su firma en el Boletín del Centro Naval Argentino. También figuraba como autor de un libro sobre Malvinas, vocal suplente del Instituto Aeronaval, y disertante en un ciclo de conferencias sobre “el mar argentino y los desafíos del Siglo XXI”.

Al consultar sobre el ex juez Ruda, constaté que efectivamente había quedado detenido hacía unos pocos meses, acusado de “complicidad con la represión de la última dictadura militar”.

Luego puse “Pedro Mondino”, y me enteré de su fallecimiento más o menos reciente. En tanto que un “Ignacio Mondino” figuraba como ex candidato a legislador provincial por el Departamento Totoral. Lo busqué en la guía de teléfonos y aparecía con una dirección en la avenida Yrigoyen de Nueva Córdoba. Al llamar a ese número me dijeron que Ignacio ya no vivía allí, pero me pasaron con Javier, su hermano, quien me atendió amablemente y propuso que nos encontrásemos para conversar.

Nos vimos en un elegante bar de la Yrigoyen, en la planta baja de su edificio. Javier Mondino, un hombre de 56 años bien llevados, empezó contándome que siempre había ejercido como administrador de empresas, pero en aquel momento no estaba trabajando porque no lo necesitaba. Luego recordó su vida en los años setenta, cuando a pesar de que sus actividades excluyentes eran la fiesta, el estudio y el rugby (llegó a Pumita pero su carrera quedó trunca por una lesión), terminó pasándose más de dos años como preso de la dictadura.

Cuando le mostré la noticia del diario, Javier me explicó que él y su hermano eran hijos del Ignacio Mondino que aparecía allí, y sobrinos de Pedro. Dijo que en aquella ocasión los militares habían allanado la empresa Índigo SA, de la que sus parientes no eran directivos sino sólo accionistas.

Según el relato de Javier, los Mondino habían sido perseguidos, detenidos y asesinados, al mismo tiempo que sus muchas propiedades, empresas y campos eran allanados y saqueados en busca de armas, documentación, plata o lo que fuera. Cuando le pregunté por Mini y Adriana, me dijo que eran primas suyas. Agregó que ambas eran muy católicas, y que se dedicaban más que nada a ir a las villas.

Además, Javier confirmó la sospecha de Raúl al contarme sobre otro tío suyo, Carlos, que en su momento había sido abogado de dirigentes sindicales y montoneros. Carlos logró zafar del destino de sus sobrinas exiliándose en México. Él y las dos chicas desaparecidas fueron, según Javier, los únicos Mondino que sí tuvieron actividades vinculadas con la política. Sin embargo los militares le apuntaron a la familia entera, quizás en el afán de dar con algo así como un caso Graiver cordobés.

Para Javier, en definitiva, no había grandes misterios: Omar había sido un “perejil” de la persecución de su familia.

Recordé otra película que a mi viejo lo volvió loco: *Sin salida*, con Kevin Costner. Donde Kevin encarna, durante casi todo el metraje, a un muchachito inocente y enamorado a quien confunden con un espía soviético. Pero al que en la escena final (que parece pegada al resto con cinta scotch) vemos hablando en ruso con unos tipos y dando por concluida su misión en territorio enemigo.

Sonriendo para mis adentros, se me ocurrió que con Omar había ocurrido más o menos a la inversa. Él, a quien yo vagamente tomaba como una especie de ex agente del socialismo, resultó ser en cambio un ex muchachito de pueblo intentando (y en parte logrando) estafar al Estado en un momento demasiado inoportuno.

Advertí en toda su dimensión algo que en cierto modo ya venía vislumbrando: había tenido que morirse mi viejo para que me dispusiera por fin a verlo tal cual era. El hombre, o si se quiere *el guaso*, como decimos en esta ciudad que él llegó a sentir como suya. Claro que al mismo Omar, en vida, tampoco se le escapó nunca (ni como padre ni como hombre de negocios) que la leyenda del preso político “garpaba” más que la verdad desnuda.

Mi primer sueño con él después de su muerte (o primero en no olvidárseme al abrir los ojos) fue de los más vívidos que nunca haya tenido. Él estaba preso en Encausados y yo, que también lo estaba pero en San Martín, iba a visitarlo a su pabellón. Omar se sentaba en el borde de una cama donde estaban acostados, uno al lado del otro, dos tipos idénticos como gemelos: calvos, de anteojos y con barbas candado pelirrojas. Al saludarlos noté que eran iguales al protagonista de una serie que había visto de pasada en un *zapping* de trasnoche. Permanecían callados, con la mirada perdida en la luz que entraba por la ventanita de la celda, mientras Omar me hablaba. Me contaba que no lo estaba pasando tan mal, aunque sí lo afectaba un poco la falta de amigos; que algunas veces había tenido que pelear para que lo respetaran; que le asombraba que el asma no lo estuviera afectando como sí le ocurría fuera de la cárcel. Era un Omar cansado y viejo, como el que había visto en aquel último almuerzo en casa, y mientras lo escuchaba pensaba en lo mucho que teníamos para hablar, para compartir, y en la falta que debía de hacerle mi compañía. Antes que un ruido de la calle me despertara, consideré sería, imperiosamente, pedir al Servicio mi traslado.



ACERCA DEL AUTOR

Adrián Savino nació en Córdoba Capital en 1971. Es Licenciado en Comunicación y trabaja como docente de Nivel Medio. Publicó el libro de poemas *Canciones de sed* (Alción, 1999), la novela *Crónica de un rocho* (Alción, 2003) y la nouvelle *Soja en las banquinas* (Eduvim, 2012). Participó en las antologías de relatos *Carne* (La Creciente, 2006) y *10 Bajistas* (Eduvim, 2009), y en el libro *Diorama. Ensayos sobre cine cordobés contemporáneo* (Caballo Negro, 2013). Publicó relatos, crónicas y reseñas en medios gráficos y online.

AGRADECIMIENTOS

Este pequeño y arduo librito no hubiera sido posible sin la clásica (en el sentido beatle de la palabra) “ayudita” de familiares y amigos. Quiero agradecer especialmente a: Vera, Ana y Jacob Levstein, Ana Luz Maggi, Sergio Gaiteri, Ramón Sisterna, Alfredo Capellino, Elva Chaves, Raúl Sánchez, Alberto Catalogna, Gonzalo Olmos, Pablo Seguí, Jorge Felippa, Martín Cristal, Juan Bautista Echegaray, Augusto Porporato, Andrea Bottero, María José Loto, Juamps Lidiam, Fabián Soberón, Martín Maigua, Silvia Baigorria, Norma Zapata y Soledad Savino.